

Economía y economistas

Eduardo J. Ortiz F.

Doctor en Economía de la UCAB.

“ No solo en el **socialismo**, sino en cualquier otro régimen económico y político, la aprobación del presupuesto de la nación es el resultado final de **negociaciones entre los partidos dominantes** y responde a los intereses grupales de quienes dominan las comisiones y asambleas legislativas.

Los 75 años de la revista *SIC* me ofrecen la ocasión de conversar sobre un tema que va más allá de los análisis de coyuntura que normalmente realizamos los economistas. Se trata de reflexionar sobre el sentido y alcance que pueden tener dichos análisis en el diseño de una política económica determinada o, en términos más amplios, sobre la capacidad que tienen los economistas de modificar la marcha de la economía.

Aunque aquí me ciña a una disciplina específica, esa es la pregunta que, consciente o inconscientemente, se habrán tenido que plantear muchas veces los colaboradores de *SIC* en todas estas décadas en las que han tratado de encauzar al país por una senda diferente a aquella por la que realmente se encamina.

Planteemos la misma pregunta desde otro enfoque más específico. ¿Existe alguna posibilidad de que quienes somos contrarios al rumbo que está transitando Venezuela logremos que este sea modificado? ¿Se limitará el efecto de nuestras reflexiones a recibir el apoyo de quienes ya antes de leernos pensaban como nosotros?

ECONOMÍA Y POLÍTICA

En su *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política*, Karl Marx afirmaba que “las relaciones de producción constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social”.

De acuerdo a esa aseveración podríamos afirmar que la economía es la que define la política. Aplicándola al caso de Venezuela y al de otros regímenes semejantes, estos surgirían como consecuencia de una perversa distribución de ingresos y oportunidades, donde la mayoría de la población acabaría apoyando regímenes políticos que prometieran luchar por sus derechos destruyendo a la burguesía dominante.

Pero también se da el proceso contrario por el que la política termina decidiendo la marcha de la economía. De hecho los socialismos reales han conformado con el paso del tiempo camarillas de poder donde se han concentrado todas las decisiones importantes. A



las organizaciones populares se les ha permitido participar en cuanto sirvieran como redes de difusión y apoyo de las políticas decididas desde arriba.

No solo en el socialismo, sino en cualquier otro régimen económico y político, la aprobación del presupuesto de la nación, que es donde en último término se decide cómo se reparten los recursos del Estado, es el resultado final de negociaciones entre los partidos dominantes y responde a los intereses grupales de quienes dominan las comisiones y asambleas legislativas.

Esto nos devuelve a la reflexión original: ¿Qué capacidad tiene un economista de dirigir la política económica?

Algunos en Venezuela lamentan que en los últimos gabinetes económicos ni el ministro de Cordiplan, ni el de Finanzas, ni el presidente del Banco Central sean economistas. Pero ¿qué necesidad tienen de serlo? Les basta con tener unos auxiliares, sería exagerado llamarlos asesores, que les presenten diversos planes para elegir el que más convenga a sus intereses partidistas, que algunas veces hasta coincidirán con los intereses de la nación.

Pero no se trata solo de percibir cómo se toman las medidas económicas, sino también cómo son aceptadas por la colectividad. Hay también aquí otras motivaciones que poco tienen que ver con los razonamientos económicos.

En las dos últimas elecciones presidenciales muchos pensaron que al haberse deteriorado tan profundamente la situación económica, la mayoría de los ciudadanos iba a optar por un cambio de rumbo, pero no lo hizo.

Pudo haber razones económicas –algunas personas o grupos han podido mejorar su bienestar a través de subsidios, muchos empresarios han medrado a la sombra del poder– pero hay otras razones que nada tienen que ver con la racionalidad en la toma de decisiones que normalmente suelen presuponer los analistas económicos: adhesión incondicional a una figura mitificada o a un grupo político, desconfianza hacia algunos opositores que carecen de experiencia de gobierno, temor de que las tensiones latentes tras la mampara de la unidad exploten al llegar al poder, aquello de que es mejor malo conocido que bueno por conocer. Pue-

de incluso haberse olvidado lo mucho positivo que hubo en un pasado no muy lejano, que ahora parece haberse perdido para siempre.

¿Qué capacidad tiene un analista económico de contrarrestar estas tendencias? ¿Puede proponer algunas políticas de consenso aceptadas por una mayoría significativa?

MEDIOS Y FINES

Cualquier tratado de economía básica reconoce que el desarrollo y el bienestar van mucho más allá de la posesión de dinero. Tienen que ver también con la calidad de las relaciones sociales, la educación, la salud, el ocio, la justicia, la seguridad.

Pero tampoco se puede negar que la posesión de recursos económicos puede contribuir a alcanzar un mejor desarrollo y un mayor bienestar. Por poner un solo ejemplo, es prácticamente imposible que un país pobre tenga un sistema de salud eficiente.

De ahí la necesidad de una política económica que abra cauces en vez de levantar barreras. ¿Pero es siquiera posible trazar unos lineamientos generales en los que todas las facciones políticas y organizaciones ciudadanas puedan ponerse de acuerdo?

Empecemos por reconocer que es más fácil concordar en los objetivos finales que en los instrumentos más adecuados para obtenerlos.

Las metas de cualquier política económica son las mismas en cualquier sistema y bajo cualquier gobierno: producir más para mejorar el nivel de vida de la población; aspirar al pleno empleo no solo de las personas, sino también de los demás factores y recursos productivos; mantener estable el valor de la moneda para que no disminuya la capacidad adquisitiva de los ciudadanos; pagar lo que se importa con el valor de lo que se exporta para no vivir eternamente endeudados; distribuir mejor los recursos y las oportunidades para que todos participen de los beneficios y para que la actividad económica sea más dinámica.

Las discrepancias surgen cuando se buscan las vías más rápidas y eficaces para alcanzar esos objetivos.

“ Si para los productores agrícolas **Agroisleña** ayer funcionaba mejor que **Agropatria** hoy, fue un error expropiarla.



AGENCIA VENEZOLANA DE NOTICIAS AVN.

MERCADO Y ESTADO

En cierto sentido es falaz la afirmación de que las opiniones se dividen entre los que quieren más Estado y los que desean más mercado. Lo que todos buscan es la combinación de actividad pública y privada que produzca mejores resultados.

En el mundo real ningún país propugna un sistema económico regido únicamente por las leyes del mercado sin ninguna interferencia del Estado, aunque solo sea porque hay bienes públicos, como las vías de comunicación y los parques, que ninguna empresa privada va a financiar para que los disfruten libremente todos los ciudadanos, o porque se necesitan leyes que regulen las actividades productivas y comerciales.

Concentrándonos en el caso venezolano, el Estado ha tenido siempre mucho más poder económico que el sector privado, al ser dueño del petróleo y las empresas básicas. El problema de los últimos años, cuando el Estado se ha apoderado de cada vez más actividades productivas y comerciales, consiste en decidir si este acaparamiento ha mejorado los resultados económicos y si el Gobierno ha sido capaz de llevar adelante con resultados positivos las nuevas tareas que a sí mismo se ha asignado.

El problema de la Pdvsa actual no es que sea una empresa pública, sino que hace poco más de diez años era la empresa latinoamericana más poderosa y hoy se está hundiendo por ineficiencia, inseguridad, falta de mantenimiento, dispersión en sus actividades, mal manejo de sus recursos financieros. Si antes exportábamos gasolina y ahora la importamos, Pdvsa no está funcionando bien.

Lo mismo, y con mayor razón, se puede decir de tantas actividades arrebatadas recientemente a la actividad privada. Si para los productores agrícolas Agroisleña ayer funcionaba mejor que Agropatria hoy, fue un error expropiarla. Si las fincas que antes producían arroz, leche, carne, azúcar, cereales, hoy, en manos del Gobierno, no producen casi nada por lo que debemos importar

lo que antes se obtenía en el país, habrá que buscar caminos de que mejoren su rendimiento. Si antes aquí se fabricaba en abundancia cemento, papel, vidrio, plástico, y hoy tenemos dificultad para conseguir esos productos, algo se está haciendo mal. Si antes había servicio eléctrico ininterrumpido y ahora sufrimos regularmente cortes de energía en casi todo el país, no podemos seguir echando la culpa a iguanas y saboteadores fantasmas.

Por el contrario, si en manos del Gobierno todas esas actividades, y otras más que podríamos seguir enumerando, funcionaran mucho mejor que antes, pocos o nadie estarían en contra de las nuevas medidas económicas.

Claro que la experiencia histórica de los países con economía centralizada nos había avisado de lo que iba a pasar. Pero no vamos a explicar una vez más por qué si la población no siente que puede gozar libremente del fruto de su actividad no va a trabajar con el mismo entusiasmo. Nos basta con decir que si en algunas áreas el Estado lo hace peor que los privados debería abandonar esas actividades por el bien del país, estimular su crecimiento en otras manos, y regular su funcionamiento para incrementar su valor social.

Sobra decir que viviríamos mejor si desde el año 2000 la inflación no hubiera aumentado 1.563%, el bolívar oficial no se hubiese devaluado 867%, y el paralelo no hubiese caído casi 6.000%.

Existen mecanismos comprobados para combatir estos desequilibrios, pero nuestros gobiernos se han mostrado incapaces de aplicarlos. Sin intención ni posibilidad de mencionarlos todos, no ayuda nada a combatir estos flagelos la carencia endémica de productos básicos, el crecimiento de las importaciones por la disminución de la producción nacional, y el incremento desproporcionado del endeudamiento y la circulación monetaria.

Por otra parte, ha quedado demostrado que las medidas de fuerza, como el control de precios y de cambio, no han rebajado la inflación, no han frenado la fuga de capitales, y han abierto aún más las compuertas de las comisiones ocultas y la corrupción.



“ Ha quedado demostrado que las medidas de fuerza, como el **control de precios** y de cambio, no han rebajado la inflación, ni frenado **la fuga de capitales**, incrementando la corrupción.

OPINIÓN, CONVICCIÓN Y PERSUASIÓN

¿Qué puede hacer, ante todas estas fuerzas, alguien que pretenda modificar la marcha de un país hacia un mayor bienestar compartido?

Primero, tener la humildad suficiente para reconocer que en el mundo de las relaciones sociales difícilmente podemos hablar de verdades absolutas. Siempre existirán diferentes opiniones sobre la mejor vía para alcanzar los objetivos deseados.

Además, hay que ser suficientemente sensible para cambiar de opinión cuando surgen realidades nuevas. La política económica del futuro debe ser diferente de la presente y también de la pasada porque además de que la cuarta república tampoco fue un modelo de integridad ni de eficiencia, ahora nos encontramos en otro entorno y en circunstancias diferentes.

Pero tampoco funciona el borrón y cuenta nueva. En cada momento histórico hay que separar el trigo de la cizaña, retomar lo bueno de quienes nos precedieron y sembrar nueva semilla en donde la anterior no dio fruto.

Volviendo a la pregunta inicial de este artículo ¿por qué decir una y otra vez lo que ningún gobierno y muy pocos agentes económicos quieren escuchar?

Digamos que el reconocer la fragilidad de nuestras opiniones no significa que debamos abandonarlas. Si estamos convencidos de que una vía es mejor que otra, debemos exponerla y defenderla para ser fieles a nuestra vocación y a nuestra conciencia.

Ese es el destino del especialista en cualquier disciplina. El médico repetirá una y otra vez que fumar es perjudicial, aunque según la FAO el consumo de tabaco en el mundo supere ya los siete millones de toneladas anuales. El urbanista y el ingeniero denunciarán que los últimos conjuntos de la misión vivienda no han tenido en cuenta la necesidad de áreas verdes e infraestructura, que no han respetado las reglas de construcción antisísmica, que no han utilizado suficiente cemento y han apresurado su secado por lo que ya han aparecido en ellos grietas y fisuras, aunque no se les haga caso. El ecologista alertará que estamos haciendo inhabitable el planeta para nuestros descendientes, aunque los individuos y las empresas sigan contaminando sin cortapisas.

Aunque parezca imposible modificar las convicciones de quienes se perjudican a sí mismos y a los demás con sus acciones, hay que tratar de persuadirlos para que cambien de actitud.

El economista John Maynard Keynes (1883-1946) fue, además de un gran teórico, un excelente polemista que defendía vehementemente sus convicciones. Una de las batallas que más le honra es la que libró después de la Primera Guerra Mundial, alegando que las reparaciones económicas exigidas a Alemania eran excesivas e injustas, pues “las naciones no están autorizadas, ni por religión ni por moral natural, a castigar a los hijos de sus enemigos por los crímenes de sus padres o de sus gobernantes”.

Al abogar para que se revisara el Tratado de Versalles decía, en 1920: “Los sucesos del próximo año no serán conformados por los actos deliberados de los hombres de Estado, sino por corrientes ocultas, que fluyen continuamente bajo la superficie de la historia política, de la que nadie puede predecir el resultado. Solo podemos influir en estas corrientes ocultas de una manera: poniendo en movimiento las fuerzas de la instrucción y la imaginación, que pueden cambiar las opiniones. Los medios para ello deben ser afirmar la verdad, deshacer los espejismos, disipar el odio, ampliar la formación de corazones y mentalidades”.

Ronald Coase, fallecido el pasado septiembre, afirmaba en 1991 al recibir el Premio Nobel de Economía: “Un especialista debe sentirse satisfecho al saber que, cuando afirme algo falso, pronto será puesto en evidencia; pero si lo que dice es verdad, algún día llegará a ver que se le hizo caso, si vive lo suficiente”.

Coase vivió 102 años. ¿Cuánto habrá que vivir para que veamos un país que si no llena nuestras expectativas, al menos no nos aleje cada vez más de ellas? ☉